

La historia del psicoanálisis como parte de la historia cultural de Chile: Métodos, indicios y huellas¹

Mariano Ruperthuz Honorato

1. Introducción: historia institucional del psicoanálisis, historia cultural del psicoanálisis

El presente texto tiene por objetivo analizar las tradiciones historiográficas y metodológicas locales que piensan usualmente la historia del psicoanálisis como parte exclusiva de la historia de los llamados “saberes psi”² (psicología, psiquiatría y el mismo psicoanálisis) en su costado institucional ortodoxo, buscando proponer una nueva concepción que sitúe al devenir del pensamiento freudiano en Chile como parte de la historia cultural de mi país. Entendiendo que este trabajo será incluido en un obra que reúne los trabajos que felizmente llevamos a cabo en el I Congreso Internacional de Psicoanálisis en la Universidad de Cali: Subjetividad y Cultura realizado en octubre de 2015, no me queda más que reforzar que estas ideas podrían servir para pensar y problematizar la historia del psicoanálisis colombiano y cómo su devenir

¹ Este trabajo es parte del Proyecto Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) Iniciación N° 11150497 de la Comisión Nacional de Investigación y Tecnológica (CONICYT) DEL Gobierno de Chile, titulado “*Institucionalización de los “saberes psi” y las representaciones del yo (self) a comienzos del siglo XX en Chile (1900-1950): Un Estudio Sociocultural*” durante el periodo (2015-2018). Agradezco el aporte en la revisión de este escrito a la psicóloga Sara Torres Andrade, quien es parte de mi equipo de investigación.

² Tomo prestada la nota aclaratoria que hace Alejandro Dagfal en su trabajo “Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)” cuando afirma: “Utilizamos la expresión “psi” como sinónimo de “psicológico” en su sentido más amplio. De modo que cuando hablamos de “saberes psi”, “disciplinas psi” o “discursos psi” lo hacemos en términos generales, aludiendo a todo discurso o disciplina que se ocupe de lo psíquico. Nada suponen estas expresiones respecto de las relaciones de inclusión y exclusión entre psicología, psicoanálisis y psiquiatría” Dagfal, A. (2009) *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós, 28.

histórico se mezcla inevitablemente con la trama de nuestros países. Por ello, pretendo poder discutir una nueva definición del psicoanálisis como objeto de la investigación histórica y las respectivas implicancias metodológicas contenidas en esta redefinición. Para ello, expondré las características más frecuentes de los acercamientos históricos provenientes desde “dentro” del movimiento psicoanalítico y psicológico chileno, los que privilegian un costado netamente institucional y gremial del psicoanálisis. Esta historia ha sido definida como la historia “oficial” del psicoanálisis en Chile. Este paso es importante, ya que la definición habitual del *freudismo*, ha delimitado –desde mi punto de vista– las posibilidades analíticas para vincular la penetración de las ideas de Freud en la vida cultural del país. La relevancia de esta propuesta radica en la posibilidad de reconstruir el impacto que las teorías de Freud tuvieron más allá de los circuitos intelectuales, apuntando al nacimiento de nuevos discursos y prácticas sociales que se autorizaron en el *freudismo*, logrando implantar así fenómenos tan centrales como la adopción de nueva visión antropológica –pensada en términos de un ser humano portador de un inconsciente pulsional y sexual–, la resemantización de las imágenes sociales sobre familia y la creación de nuevos estándares emocionales que modificaron por cierto la vida de muchos chilenos y chilenas, entre otros. En este sentido, esta reflexión pondrá un fuerte énfasis en cómo esta reconceptualización analítica, generaría nuevas posibilidades metodológicas de investigación histórica.

De esta manera, las preguntas que motivan este escrito son: ¿Cómo se define tradicionalmente el psicoanálisis en términos históricos?, ¿Qué delimitaciones investigativas en términos de campo de estudio y métodos de pesquisa están implícitas en estas definiciones?, ¿Qué posibilidades existen para resituar al freudismo chileno con la historia cultural de Chile?, ¿Qué implicancias metodológicas tiene esta redefinición conceptual? Y finalmente, ¿Este ejemplo podría servir para investigar la historia del psicoanálisis colombiano? Para responder estas interrogantes utilizaré, entre otros, los postulados de Sigmund Freud, Mariano Ben Plotkin, Carlo Ginzburg y el método indiciario y, especialmente, la definición de historia con “espíritu etnográfico” planteada por Robert Darnton. Para terminar este trabajo, plantearé un pequeño ejemplo basándome en el análisis de la cartilla publicitaria de los cursos psicológicos ofrecidos en Chile a mediados de los años 40, *Controle su cerebro*. Esta cartilla sintetiza la oferta de sesiones psicológicas por correo para superar una amplia gama de males.

2. El psicoanálisis como objeto histórico en Chile: tradiciones historiográficas y metodológicas en su estudio. Los límites del psicoanálisis “oficial”

Pensando que el psicoanálisis fue originalmente una disciplina europea, creada por Sigmund Freud, un médico judío que no participaba de los círculos médicos más prestigiosos de la Austria finisecular, que además era acompañado por un pequeño grupo de seguidores desde la primera década del siglo XX, pero que ninguno de ellos era una figura connotada, resulta sorprendente la rápida propagación y éxito de implantación que sus teorías tuvieron en muchas partes del mundo. Pensando que, por ejemplo, una de las obras más insignes de Freud *La interpretación de los sueños* (1900), que data de comienzos de siglo, será una de las llaves más importantes para que las ideas *freudianas* se diseminaran alrededor del mundo creando, según el poeta británico W.H. Auden (1940), todo un “clima de opinión”. Por ello, parafraseando a John Burham (2012), hablar de Freud es apuntar a un particular e intrincado fenómeno histórico cultural que transformó las concepciones acerca del ser humano, inaugurando una nueva forma de mirar el mundo en el siglo XX. No hay que olvidar que el psicoanálisis nació como una teoría psicopatológica, restringida al campo de la psiquiatría o la neurología. Freud se basó en las enseñanzas de sus maestros franceses –tan importantes como Jean Martin Charcot en el Hospital de La Salpêtrière– quienes analizaron casos de pacientes histéricos (hombres y mujeres) que sufrían una serie de síntomas físicos sin fundamentos somáticos de sus dolencias. La presencia de parálisis, cegueras, inhibiciones de la marcha, algias de todo tipo, entre otras manifestaciones, eran tratadas bajo hipnosis logrando su remoción o el recuerdo de su origen traumático. Estas le dieron a Freud varias pistas para pensar en la posibilidad de que la mente humana estaba fragmentada. Así, el inconsciente, pensado como una instancia psíquica independiente fue el gran descubrimiento freudiano.

Con el paso de los años, Freud profundizó sus investigaciones, llegando a generar una teoría sobre la mente humana, donde el inconsciente era el lugar de represión de los deseos sexuales primarios que se dejaban ver nítidamente en la infancia. Para Freud, la vida cultural implicaba inevitablemente la represión de la sexualidad pulsional. Pero el psicoanálisis no sólo ha sido una teoría psicológica, también se presentó como una práctica clínica definida

según ciertos estándares. El psicoanálisis, por lo tanto, era inaugurado también como un método curativo que ayudaba a los pacientes a poder acceder a sus deseos reprimidos, conocer los conflictos psíquicos infantiles –principalmente sexuales– que los habitaban, trayendo alivio a sus dolencias gracias a las revelaciones. ¿Cuál era el material psíquico para dicha labor? Los recuerdos infantiles de sus pacientes, experiencias de la vida cotidiana, sus sueños, lapsus al hablar, errores y olvidos. Todo este entramado de experiencias psíquicas comenzó a ser valorado social y culturalmente, generando verdaderos procesos de *psicologización* de las sociedades modernas, permitiendo – como lo explica notablemente la socióloga e historiadora Eva Illouz– la reconfiguración de las representaciones del alma para convertirla en la psique individual freudiana. La vida “interior” de los sujetos comenzó a explicarse en términos psicológicos, sus emociones fueron moldeadas y la adaptación a cánones de normalidad, presentados como ideales sociales, fueron ganando terreno (Illouz, 2010).

Una vez que el psicoanálisis fue ganando terreno y siendo visualizado más allá de las fronteras de Viena, Freud en 1914 se vio obligado a historizar esta práctica, tratando de resolver varias situaciones internas en el movimiento que habían provocado fracturas importantes. Las más significativas fueron las discrepancias con Carl Gustav Jung y Alfred Adler. Ambos se descolgaron del psicoanálisis para fundar sus propias escuelas psicológicas, oponiéndose y criticando el énfasis exclusivamente sexual de las explicaciones freudianas. Este texto, se encargó de repasar los avatares que habían llevado a Freud a formular sus descubrimientos. Lo particular de este trabajo, es el tono eminentemente biográfico de Freud, donde no reconoce deudas intelectuales y el psicoanálisis es presentado como descolgado de cualquier genealogía teórica. Freud mismo lo dice:

Siendo el propósito del presente trabajo trazar la historia del movimiento psicoanalítico, no habrá que extrañar su carácter subjetivo ni la preponderancia en él de mi propia persona. El psicoanálisis es, en efecto obra mía. Durante diez años fui el único en ocuparme de él, y todo el disgusto que su aparición provocó cayó sobre mí, haciéndome contemporáneo de las más diversas y violentas críticas (Freud, 2012 [1914], p. 7).

Se podría decir perfectamente, que este estilo inaugurado por Freud fue fuertemente reforzado por los propios psicoanalistas, los que se han dedicado

hasta el día de hoy, diría yo, por un lado, a ensalzar la figura del vienés y por otro, a generar el uso de la historia como una herramienta de legitimación institucional. Este último punto, que me parece muy interesante y atingente con la discusión que quiero sostener aquí, da cuentas de los recortes e intentos de hegemonía sobre la historia del psicoanálisis, exhibiendo además, cómo la escritura de la historia está empapada de una estrategia política. Luego de las rupturas con Jung y Adler, los psicoanalistas ya venían ganando en institucionalización desde 1910 –habían fundado una serie de asociaciones locales en varios países y una gran asociación internacional– generando cánones “oficiales” de quien podía ser considerado como psicoanalista y quién no. Esta lógica, impactó claramente en la reproducción de psicoanalistas y el reconocimiento de quien era parte de la historia “oficial” del movimiento. No es casual que Freud le enviara a uno de sus importantes discípulos y dirigentes, el alemán Karl Abraham, el borrador de este texto para pedirle su opinión. El teutón le envió una carta a Freud el 2 de abril de 1914 diciendo lo siguiente:

Paso a comentar sus dos manuscritos. Sobre la *Historia* ya le dije mi opinión. *La he leído varias veces y cada vez aprecio más la importancia que tiene como arma.* Después de reflexionar mucho, pienso, asimismo, que lo personal debería seguir todo igual (Freud, 2001 [1914], p. 238).

Bajo esta lógica la historia del psicoanálisis con el paso de los años, fomentó según Mariano Ben Plotkin (2003), tres estilos historiográficos más o menos definidos: a) que la historia del psicoanálisis era sinónimo de la historia personal de Sigmund Freud, impulsando un tono biográfico a estas aproximaciones; b) que el nacimiento del psicoanálisis estaba vinculado con su contexto más próximo: la Viena del fin del siglo XIX. Carl Schorske (1981), inauguró notablemente esta tradición dedicándole un capítulo a Freud en su libro en el que analizó cómo el contexto político y social se inmiscuía en los sueños del propio Freud; y c) las historias piensan al psicoanálisis como un objeto cultural amplio que circuló por los distintos países y espacios culturales. Esta mirada –que comentaré con más detalle más adelante– ha fomentado el estudio de la recepción del psicoanálisis en varios países del mundo, poniendo énfasis en los procesos de circulación internacional y apropiación local del pensamiento freudiano.

Ahora quiero analizar en términos metodológicos el primero de los estilos señalados por Plotkin y evidenciar las consecuencias investigativas

(metodológicas principalmente) que ellos han tenido en el trabajo histórico sobre el psicoanálisis. Para esto, quiero aterrizar mi análisis ejemplificando el largo alcance –en términos temporales y espaciales– del modo implantado por Freud, presentando un fragmento del libro *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una Sociedad Científica* (Casaula, Coloma & Jordan, 1991). Este era, hasta hace poco, la única referencia obligada sobre la historia del psicoanálisis en nuestro país. Este trabajo se divide en varias secciones, donde la primera estaba dedicada a los llamados “pioneros”. Estas personas, según los autores, no participaron necesariamente de los procesos de institucionalización y profesionalización del psicoanálisis y se quedaron en una participación preparatoria para la llegada del “verdadero” psicoanálisis:

La PRIMERA PARTE está dedicada a los pioneros y a los fundadores del psicoanálisis en Chile. No resulta fácil una caracterización dado que no todos los mencionados se formaron oficialmente, sin embargo su trayectoria resulta inestimable para la consolidación de la Sociedad Psicoanalítica en 1949. Destacamos aquellos que han mantenido su adhesión a lo psicoanalítico en forma sostenida, sin constituir disidencias (Casaula, et al., 1991, 21).

Hasta ahora, las investigaciones sobre la historia del psicoanálisis en Chile se han centrado en la fundación de la Asociación Psicoanalítica Chilena (APCH) en 1949, siendo reconocida ese mismo año por la Asociación Psicoanalítica Internacional (AIP), organización fundada por Freud. Como lo afirma el historiador Thomas Glick, esta definición entiende que la historia del psicoanálisis es sinónimo de la vida organizacional “legítimamente” reconocida, “vilificando” así a los que no son parte de ella. Esta estrategia de legitimación a través del uso de la historia y el pasado, es una estrategia que Glick (1999) no tarda en denunciar. Además, es una maniobra que reduce significativamente las influencias de la cultura y la sociedad en la historia de la implantación del psicoanálisis en cualquier espacio nacional. En términos metodológicos, por lo tanto, no quedaría más que reducir el problema de investigación a los eventos que facilitaron la implantación en Chile de este supuesto psicoanálisis verdadero, representado por el psicoanálisis institucional³. La línea del tiempo, desde esta óptica, comparte las mismas

³ Acá no se puede obviar en esta suposición la voluntad presente en David Hume, en su ensayo *Of Nature of Characters* cuando afirmaba que “una nación seguirá el mismo conjunto de costumbres y se adherirá a ellas por todo el globo, así como a las mismas leyes y lenguas. Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas son todas distinguibles incluso entre los trópicos” (Hume en Elliott, 2011, p. 12)..

características que tenían las grandes historias militares –con héroes y villanos– dividiéndose en la prehistoria y la historia oficial del psicoanálisis en Chile. El año 1949, entonces, es el hito temporal que marca el antes y el después de todo. La prehistoria estaría compuesta por los eventos que ayudaron a que la verdadera historia pudiera ocurrir. Investigadores como Michel Foucault, han criticado esta manera prometeica que la historia de la ciencia tiene para contar su desarrollo. Inclusive este autor, reduce significativamente el papel a la creatividad o genialidad de los “descubridores”, desplazando el énfasis a los regímenes discursivos que facilitan ir más allá de lo decible y pensable en una época (Foucault, 2016).

La evidencia empírica muestra cómo los estudios históricos locales comparten ciertas características: son estudios breves, centrados en la vida institucional, sus fuentes se reducen a documentos institucionales, se enfocan en el estudio de la vida de los “próceres” o “padres fundadores” y están desprovistos de cualquier vinculación con las condiciones sociales, políticas y económicas (Withing, 1980; Núñez, 1981; Gomberoff, 1990; Arrué, 1991; Casaula, et al., 1991; & Davanzo, 1993). A lo anterior, se suma el tono celebratorio, que se enorgullece de las supuestas resistencias culturales a las verdades reveladas por el psicoanálisis. Para Freud, como los pacientes reprimían las verdades de su inconsciente de manera defensiva, la sociedad –por proyección de este mismo principio– rechazaba el psicoanálisis atacándolo públicamente. Reflejo patente de este ánimo es la carta que Sigmund Freud le envió al médico chileno Fernando Allende Navarro el 26 de marzo de 1933. Allende Navarro, oriundo de Concepción, estudió medicina y neurología en Inglaterra y Bélgica. Más tarde se formó “oficialmente” como psicoanalista en Suiza con personalidades tan notables como el mismo Hernann Rorschach, creador del test proyectivo que lleva su nombre. De regreso a Chile, este médico no pudo ingresar al mundo hospitalario, ni pudo acceder a enseñar psicoanálisis en la universidad. El psicoanálisis era rechazado por anticientífico, sexual y novelesco. La mirada anatomo-patológica francesa dominaba la escena médico-psiquiátrica chilena, explicando los trastornos mentales a partir de lesiones orgánicas localizadas. Estas tradiciones teóricas eran mucho más prestigiosas que el psicoanálisis en la época de la llegada de Allende Navarro. Pasaba lo mismo con la teoría de la degeneración mental o las explicaciones lombrosianas sobre el “criminal nato” (Ruperthuz, 2012). Sin embargo, este médico logró hacerse cargo de dos clínicas psiquiátricas católicas –la Clínica

del Carmen y la Santa Marta—especializadas en el tratamiento de enfermedades mentales y adicciones. Allende Navarro envió su tesis de revalidación de su título de médico a Freud⁴, quien a vuelta de correo le respondió:

Muy estimado señor Doctor:

Con gran interés he leído en su carta sus estudios de sus luchas con resistencias y del apoyo singular de los Jesuitas. He encontrado en su libro una acertada introducción a la teoría del objeto; he sabido como Ud. ha enfrentado las dificultades especiales del tratamiento ambulatorio y echado una ojeada a sus interesantes observaciones. La actitud con la cual Ud. defiende el análisis contra los enemigos me ha dado gran alegría. Siempre he observado que nada se logra con pusilanimidad y concesiones. Hay que aceptar la lucha y soportarla. Todos los pioneros del análisis han tenido esta experiencia. Sólo me queda desearle a Ud. mucha persistencia hasta el éxito final en la esperanza de saber nuevamente de Ud. Haré el encargo (a la Editorial Psicoanalítica Internacional) de remitirle mis Nuevas Conferencias y una foto mía autografiada. Con afectuosos Saludos, Su Freud (Freud, 1982 [1933], pp. 13-15).

La carta de Freud, a mi modo de ver, sintetiza plenamente lo enunciado hasta acá: la historia del psicoanálisis se entiende en términos de los episodios de médicos solitarios, verdaderos héroes científicos. Investigadores como Frank Sulloway (1992) y Henri Ellenberger (1970), han afirmado que Freud fomentó así el mito del “héroe solitario” que crea ciencia de manera autónoma y genial, que es rechazado por las verdades que dice y debe ser estoico ante las circunstancias. El libro de Allende Navarro plantea también otra vertiente investigativa: los casos clínicos como ejemplos de la labor psicoanalítica. Sin embargo, este tipo de escritos, es casi único en su género para la época. En él, Allende Navarro mostraba una serie de casos que había psicoanalizado mientras estaba en Suiza. En ellos, el chileno hizo modificaciones a la técnica psicoanalítica clásica, generando un análisis focal, menos extenso y circunscrito a las dolencias presentes de sus pacientes que al pasado remoto infantil exclusivamente. Le importaba que el paciente volviera lo más rápido a sus funciones cotidianas. Allende Navarro en Chile fue más valorado como neurólogo, ya que se había formado con el prominente neurólogo Constantino Von Monakov. Lamentablemente, no existen demasiados registros que puedan ampliar las posibilidades investigativas sobre historiales clínicos, por lo que quedan los escasos testimonios que los psicoanalistas han hecho de

⁴ Allende Navarro, F. (1925). *El valor del psicoanálisis en la Policlínica: contribución a la psicología clínica*. Santiago: Imprenta Universitaria.

sus pacientes. Además, tal como lo he expuesto hasta acá, la legalidad de ese tipo de evidencia, desde esta mirada, sólo estaría autorizada a partir del reconocimiento del psicoanalista como parte oficial de la banda.

3. La redefinición del psicoanálisis y su vinculación con la historia cultural: nuevas rutas, nuevos fenómenos

Hasta ahora, he planteado la definición de psicoanálisis que han tenido los estudios locales, provenientes desde la psicología, la psiquiatría y el mismo psicoanálisis hasta la primera década del 2000. Son casi 100 años desde la llegada, registrada, del psicoanálisis a tierras nacionales. Inclusive Freud, en su mencionado texto sobre historia del psicoanálisis de 1914 ya hacía referencia a un médico chileno: “Un médico –probablemente alemán– de Chile defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la existencia de la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos” (Freud, 2012, p. 29). La mención de Freud no era la de un médico alemán, sino la del chileno Germán Greve Schlegel. Ésta crónica *freudiana* tenía su predecesora, otro comentario de Freud –más extenso– de 1911 en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*⁵, en el que reseña con más detalle el análisis hecho por Greve ante el público trasandino, destacando la adhesión del chileno ante la esencialidad del hallazgo de la sexualidad infantil y la experiencia clínica confirmatoria ante la cura de la neurosis obsesiva. Cierra Freud diciendo: “Agradecemos al colega (probablemente alemán) en el lejano Chile, por la valoración imparcial del psicoanálisis y por la confirmación de su acción curativa en tierras lejanas. Freud” (Freud, 1911, p. 595). Estas dos menciones, hablan de Greve y cómo el contacto, llegada y práctica del psicoanálisis se produjo mucho antes de la fundación de la asociación local en 1949. Como pude investigar, este doctor había sido enviado por el Gobierno chileno a recorrer Europa para dar cuenta de la construcción de manicomios y el uso de la electroterapia en pacientes. En su recorrido por Inglaterra, Francia, Alemania y Viena, se encontró con Freud en 1894. Ambos habrían mantenido contacto cuando el chileno regreso

⁵ Ver Freud, S. (1911). G. Greve. Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos”. En *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*. Santiago: Ananké. Traducción realizada por el Dr. Juan Pablo Jiménez. El comentario original se encuentra disponible en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, 8ed, 1, pp. 594-595.

al país en 1898, donde practicó clínicamente psicoanálisis por lo menos hasta 1915. Luego se centró junto con Alejandro del Río en la organización de la Asistencia Pública (Ruperthuz, 2014). Germán Greve participó de la pericia médica de Antonio Ramón Ramón, quien intentó ajusticiar al General a cargo de la horrenda matanza de la Escuela de Santa María de Iquique en 1907, Roberto Silva Renard, en diciembre de 1914. Ramón Ramón había perdido en la masacre a su medio hermano. Greve, junto con Hugo Lea Plaza, combinaron en su informe la teoría de la degeneración lombrosiana y el psicoanálisis (Ruperthuz, 2015).

Ya este registro de las actividades de Greve hace tambalear la tesis que el psicoanálisis sólo estaba “contenido” en la vida profesional de los psicoanalistas a comienzos del siglo XX. Por eso, los estudios sobre la recepción del psicoanálisis –que representan la tercera forma de hacer historia del psicoanálisis según Plotkin– plantean al menos cinco consideraciones metodológicas:

- a. Suspender cualquier definición apriorística de lo que se podría entender por psicoanálisis. Esta maniobra metodológica ayudaría a hacer hablar –como lo vimos en nuestra clase sobre antropología– a los “nativos” del pasado. Lo importante no es lo que nosotros, como investigadores, entendamos por psicoanálisis, sino que los Otros definían por tal. Es la ética del historiador.
- b. Entender –siguiendo a Mariano Ben Plotkin (2003)– que el psicoanálisis es un claro ejemplo de un sistema de ideas y creencias de carácter transnacional. Y que su llegada a cualquier espacio nacional implicaría un proceso activo de recepción de parte de una serie de agentes locales que lo adaptan creativamente para compatibilizarlo con las tradiciones locales de pensamiento. Ellos buscan también responder a problemáticas particulares que son sensibles y que el psicoanálisis podría ayudar a responder. Desde la historia cultural el historiador Roger Chartier llama “la historia de las lecturas” cuando afirma:

El libro está caracterizado por un movimiento contradictorio. Por un lado, cada lector se halla enfrentado a todo un conjunto de obligaciones y consignas. El autor, el librero-editor, el comentador, el censor, aspiran a controlar de cerca la producción del sentido y hacer que el texto que ellos escribieron, publicaron, glosaron o autorizaron sea comprendido sin apartarse un ápice de su voluntad

prescriptiva. Por otro lado, la lectura por definición, es rebelde y vagabunda. Son infinitas las astucias que desarrollan los lectores para procurarse los libros prohibidos, para leer entre líneas, para subvertir las lecciones impuestas (Chartier, 2005, pp. 19-20).

- c. Tener en cuenta la capacidad que tiene el psicoanálisis para convertirse en un marco explicativo en los lugares donde es recepcionado e implantado, generando –como lo explicaré en breve a partir de los estudios de Sherry Turkle (1978) en Francia– una verdadera “cultura psicoanalítica”.
- d. Como se trata de una disciplina que fue importada a nuestro país, su estudio implicaría la articulación del estudio de las rutas intelectuales (tal como lo plantea Eduardo Devés (2007), internacionales y locales que alimentaron la llegada del *freudismo* en Chile.
- e. Finalmente, se debe reconocer que este problema se complejiza debido a la multiplicidad de vías de ingreso, circulación e implantación de las ideas *freudianas*, comportamiento esperable para un sistema de ideas y creencias de carácter transnacional. Este punto agrega la variable temporal, entendiendo que habría rutas más densas y con velocidades de penetración diferenciada.

Debo hacer una declaración: las investigaciones que he podido realizar hasta la fecha sobre la historia del psicoanálisis en Chile no han declarado ninguna afiliación explícita a alguna tradición historiográfica (Ruperthuz, 2016). Mi intención acá es poder formalizar la lectura historiográfica y metodológica que hago sobre la historia del psicoanálisis, para ligarla con la llamada *historia cultural*. Estoy convencido que la historia del psicoanálisis va más allá de una historia gremial y que una historia sobre él debería tomarla como un elemento más dentro de un entramado más complejo. ¿Qué justificaría esta estrategia metodológica? Justamente las cualidades y propiedades que tiene el psicoanálisis como artefacto cultural amplio para poder generar efectos culturales que parecen irreversibles. En palabras del historiador británico John Forrester para escribir la historia del psicoanálisis habría que tener en cuenta que:

Si el diagnóstico de Auden sigue siendo certero, escribir la historia del psicoanálisis es un poco como escribir la historia de las condiciones meteorológicas en el siglo XX: tienen una presencia tan constante y

generalizada que queda fuera de toda posibilidad escapar a su influencia. Y precisamente por su carácter ineludible, no se las puede aislar de los límites de acontecimientos diversos y sorprendentes que cabe señalar más abiertamente como parte de la historia de las ciencias, de la medicina, de las grandes ideas, de los movimientos culturales, de la modernización, de todos los demás movimientos a los cuales en apariencia podría pertenecer (Forrester, 2000, p. 195).

El psicoanálisis ha mostrado, entonces, la capacidad para ir más allá de las referencias exclusivas a psicoanalistas, pacientes y asociaciones. Un excelente ejemplo es el estudio que hizo Sherry Turkle en Francia, analizando la penetración de las ideas psicoanalíticas en la sociedad gala, especialmente en la década de los 60's a partir de las enseñanzas de Jacques Lacan. Este caso se hace paradigmático, precisamente porque a comienzos del siglo XX, la cultura científica francesa se opuso abiertamente al psicoanálisis, acusando su falta de rigurosidad y exagerado énfasis en lo sexual. Se llegó a acuñar el término pansexualismo para referirse a Freud. Turkle, rastreó de manera múltiple cómo las referencias personales, familiares y sociales que hacían muchos franceses se basaban en unidades analíticas freudianas. Ella lo explica de la siguiente manera:

Hemos visto cómo las ideas psicoanalíticas francesas fueron llevadas fuera del mundo de las sociedades psicoanalíticas, extendiéndose a otros mundos, poblados por el activista político, pacientes psiquiátricos, profesionales médicos, estudiantes universitarios, y una intelectualidad burguesa, que tradicionalmente ha hecho carrera por conservar lo nuevo. Pero la difusión social del psicoanálisis se extendió más lejos, profundamente en la cultura francesa popular. Los libros, revistas, periódicos, radio, televisión, conversaciones que se comunican usando ideas “psicoanalíticas” a muchos millones de franceses que nunca fueron y nunca estarán dentro de la consulta de un psicoanalista (Turkle, 1978, p. 191).

Siguiendo lo anterior creo necesario enumerar cuáles son las características que tiene el psicoanálisis, como sistema de creencias, para generar una “cultura psicoanalítica”. Para ello, habría que reconocer las características intrínsecas de dicho sistema y que se resumen de la siguiente manera: a) su naturaleza transnacional, donde el psicoanálisis se ha movido por las fronteras de los distintos países; b) su capacidad para abordar problemas de la vida cotidiana; c) la posibilidad de generar un discurso fácilmente apropiable y d) contar con un aparato institucional y de un cuerpo de “difusores” listos para diseminar

la buena nueva en diferentes espacios culturales y desde diferentes espacios culturales (Plotkin, 2009).

Estas características se pueden ver operando en los casos donde las ideas y conceptos de psicoanálisis lograron convertirse en un elemento central en ciertos espacios culturales y sociales. Así, lo ocurrido en la década del 30 en Estados Unidos, en la Francia post la revolución de mayo del 68 –como mencionaba con el trabajo de Sherry Turkle (1978)– y la Argentina, más específicamente lo que sucede en la ciudad de Buenos Aires, representan la materialización de estas características del psicoanálisis. Como lo he podido comprobar en anteriores investigaciones, en Chile el psicoanálisis se convirtió en un marco de inteligibilidad para hacer referencia a varios aspectos de la vida de los chilenos y chilenas: las emociones, la infancia, la sexualidad, el crimen y, especialmente, como ingrediente de lo que sería un buen chileno en las cinco primeras décadas del siglo XX (Ruperthuz, 2016).

Con todo, se justifica la posibilidad metodológica –inspirada en una mirada antropológica– de hacer frente al pasado entendiendo al psicoanálisis como un sistema de ideas y creencias de carácter transnacional, el que generó un cúmulo de prácticas y discursos que se legitiman en su real (o supuesta) genealogía *freudiana* (Plotkin, 2003). Visto así, se respetan claramente los principios de la llamada *historia con espíritu etnográfico* de Robert Darnton. El norteamericano al hablar de la historia cultural en Francia señalaba:

Este libro investiga la forma de pensar en Francia en el siglo XVIII. Intenta mostrar no sólo lo que la gente pensaba, sino cómo pensaba, cómo construyó su mundo, cómo le dio significado y le infundió emociones. En vez de recorrer el camino de la historia intelectual, la investigación recorre el territorio inexplorado que en Francia se denominó *l'histoire des mentalités*. Este campo aún no tiene nombre en inglés, pero sencillamente podría llamarse historia cultural, porque trata nuestra civilización de la misma manera que los antropólogos estudian las culturas extranjeras. Es historia con espíritu etnográfico (Darton, 2013, p. 11).

Y agrega Darnton a propósito de las posibles aprensiones metodológicas de esta concepción:

Un escéptico respondería que los franceses del siglo XVIII no pueden ser entrevistados, y terminarían añadiendo que los archivos no pueden ser aun sustituto del trabajo de campo. Es cierto, pero los archivos del Antiguo

Régimen son excepcionalmente ricos, y pueden formularse nuevas preguntas utilizando material antiguo. Además, no se piense que los antropólogos no tienen dificultades con sus informantes nativos. El antropólogo también se enfrenta a regiones oscuras y silenciosas, y deben deducir de la interpretación del nativo informante lo que piensan los otros nativos. El funcionamiento mental es tan impenetrable en las selvas como en las bibliotecas (Darton, 2002, pp. 11-12).

Apoyándome en estos principios de la investigación histórico cultural propuestos por Darnton (2002, 2013), quiero afirmar entonces que investigar la historia del psicoanálisis en Chile, desde esta perspectiva, ofrece la posibilidad de investigar una porción de la historia cultural de nuestro país, recuperando, por ejemplo, una porción de la historia de las emociones, la familia, la infancia, el crimen, la sexualidad, entre otros tantos campos de estudio. El historiador cultural metodológicamente hablando tendría que tener al menos dos habilidades, desde mi punto de vista: a) la capacidad para recortar sus objetos de estudio para ganar en especificidad y b) tener en cuenta la limitación de sus conclusiones, renunciando a miradas generalizadoras.

Por otro lado, cuando se reconoce la capacidad transnacional del psicoanálisis para circular e implantarse en una sociedad o cultura específica, se debería entender algunas cuestiones metodológicas también. Un sistema de ideas o creencias es transnacional –el psicoanálisis es un ejemplo de ellos– cuando circula a través de fronteras nacionales y culturales; cuando sus unidades analíticas trascienden los límites culturales y cuando su centro de producción y difusión, igual que las lenguas en las cuales es difundido, cambiaron a lo largo del tiempo y, por lo tanto, su desarrollo no está asociado con ningún espacio nacional o cultural específico (Plotkin, 2009). Esto significaría mapear cómo las ideas y conceptos del psicoanálisis han viajado por el mundo, sosteniendo que sus categorías, tales como el inconsciente, la sexualidad pulsional, el Complejo de Edipo, y otros tantos, serían universales y por lo tanto no dependen de algún espacio cultural específico. Freud lo planteaba así:

Después de 1907, en los años que siguieron a la fusión de las Escuelas de Viena y de Zurich [teniendo como máximo representante a Carl Gustav Jung], el psicoanálisis tomó ese vuelo extraordinario bajo cuyo signo todavía hoy se encuentra, y que es atestiguado con igual certeza por la difusión de los escritos que le son tributarios y el aumento del número de médicos que quieren ejercerlo o aprenderlo, y por la proliferación de los ataques de que es objeto en congresos y sociedades de especialistas. Emigró a los países más remotos, y,

en todos los lados, no sobresaltó solamente a los psiquiatras sino que se hizo escuchar también por los legos cultos y los trabajadores de otros ámbitos de las ciencias (Freud, 2012, p. 29).

Y lo anterior, Freud hace esfuerzos por declarar que los fenómenos que estudia e investiga no se circunscribirían a un espacio nacional específico, sino que se trataría de una condición estructural del ser humano. Así le respondía a las críticas que Pierre Janet, prominente psicólogo parisino que siempre rivalizó con él:

Tal vez habría sido mejor, en muchos sentidos, que yo hubiese dado libre curso a mis pasiones y a las de quienes me rodeaban. Todos hemos sabido del interesante ensayo de explicar el nacimiento del psicoanálisis por el ambiente de Viena; Janet no se avergonzó de valerse de él todavía en 1913, y eso que tiene a orgullo ser parisino, y París difícilmente puede pretenderse una ciudad de costumbres más severas que Viena. Ese *aperçu* sostiene que el psicoanálisis y, más precisamente, la aseveración de que las neurosis se reconducen a perturbaciones de la vida sexual, sólo podía originarse en una ciudad como Viena, en una atmósfera de sensualismo e inmoralidad que sería ajena a otras ciudades; simplemente sería el reflejo, la proyección teórica, por así decir, de estas condiciones particulares de Viena. Ahora bien, yo no soy por cierto un patriota localista, pero esta teoría me pareció siempre completamente disparatada, y por tanto que muchas veces me incliné a suponer que ese reproche de “vienesismo” no era sino un sucedáneo eufemístico de otro que no se quería exponer al público (Freud, 2012, p. 38).

Por lo tanto, la transnacionalidad del psicoanálisis, entendido como sistema de ideas y creencias, me parece muy interesante como punto crítico para elaborar los posibles circuitos de recepción en nuestro país. Y, desde esta perspectiva, la historia de los sistemas de ideas y creencias transnacional sería indistinguible de las sucesivas apropiaciones, reformulaciones, utilizaciones y recepciones que se hicieron de él. Definida así, la historia del psicoanálisis en Chile es un episodio tan importante como la historia del pensamiento *freudiano* en Viena, New York o Buenos Aires. Así, la llegada del psicoanálisis a Chile, su recepción, difusión y circulación es parte de un fenómeno transnacional de circulación, donde las ideas *freudianas* viajaron a través de distintos canales y medios (publicaciones, personas, cartas, etc.). Para estos fines, se hacen muy valiosas las propuestas de Eduardo Devés (2007), quien sigue métodos para esclarecer las distintas formas de comunicación (cara a cara, correspondencia, participación en congresos, sociedades, prologación, etc.)

entre distintos agentes aparentemente conectados y que formarían parte de una red intelectual, pudiendo llegar inclusive a definir la densidad de la comunicación entre los miembros, las temáticas más frecuentes entre ellos y la distancia entre focos nacionales y transnacionales de producción intelectual. Debo reforzar la idea de que no se trataría, en el caso del psicoanálisis, de una sola ruta de ingreso –como gustan pensar los psicoanalistas–, sino que existirían múltiples vías de llegada de las ideas freudianas a nuestro país.

Pero esa sería sólo una parte del problema: importarían también los circuitos internos de circulación del psicoanálisis, enfatizando en los procesos activos de lectura que los agentes locales hicieron del freudismo en Chile. Este punto revela un problema sobre la cardinalidad que muchas veces los psicoanalistas tienen en su mente para estudiar estos problemas. Vale decir, a pesar de que Freud hablaba de “los legos cultos” y “los trabajadores de la ciencia”, el psicoanálisis circuló por circuitos que no necesariamente hablan de la llamada “alta cultura”. Esta característica sería una preocupación importante de la historia cultural y metodológicamente es relevante. Ya lo manifiestan Serna y Pons (2013), donde la especificidad de la historia cultural estaría enfocada en las condiciones culturales que permitirían compartir sentidos que envuelven a las acciones de los sujetos. Es un marco de inteligibilidad común que se explicita a través del análisis del pasado. De ahí, que estos autores afirman que los objetos más corrientes de investigación en este campo serían el texto y la imagen en sus distintas expresiones sociales y culturales. Ambos sustratos comparten la idea que son sintetizados, unidos y combinados (oral, escrito e icónicamente incluso) a partir de un sentido que les otorgaría una forma comprensible. La socialización compartida, por lo tanto, es el piso basal para que los mensajes culturales cobren sentido, autorizando conductas y vehiculizando valores sociales que los hacen deseables (o no). A diferencia, entonces, de la historia intelectual, la historia cultural también reconstruye lo más cotidiano, cercano y casi espurio para muchos. Entonces, volviendo al caso del psicoanálisis, no sólo es una historia que conectaría a nuestro país con los grandes centros de producción científica internacional, sino que también los distintos espacios sociales donde su presencia puede ser detectada. Convirtiéndose en un lenguaje compartido por muchos y que sirve para hablar de los más diversos temas.

Este último punto, que profundizaré antes de dar un ejemplo concreto, abre el problema de las fuentes de estudio para la historia del psicoanálisis chileno. ¿Serán sólo los documentos oficiales los que darán noticias de cómo Freud fue leído en Chile? Sí y no. Estudios en otras latitudes han mostrado que es necesario tener algunos *a-prioris* que orienten la búsqueda de información en fuentes primarias y secundarias: actas de congresos científicos (psiquiatría, pediatría, criminología, entre otros), revistas especializadas en la materia y publicaciones psicoanalíticas propiamente tal. Sin embargo, debido a la multiplicidad de vinculaciones que pudieran existir entre las ideas *freudianas* y la vida cotidiana, se haría importante considerar lo que afirma Ginzburg (2008), quien rescata el *método atribucionista* en pintura usado por Guivanni Morelli. Este experto logró asignar varias pinturas con sus verdaderos autores a partir del análisis cuidadoso de ciertos rasgos particulares que cada pintor hacía presente en sus cuadros. Los trabajos de Morelli estaban plagados de análisis y patrones sobre la pintura de manos, orejas o dedos, expresiones de pequeños detalles que hablaban de patrones significativos. Este método de análisis, en su época, era atribuido según Ginzburg también a Sherlock Holmes por su autor Arthur Conan Doyle, donde el experto en arte –como el detective, es capaz de identificar al autor– como al criminal a partir de ciertos *detalles* o *huellas* que quedan en la escena del crimen –o en una pintura– y que pueden ser leídas por un ojo atento.

Por otro lado, el historiador italiano emparenta a Morelli y Holmes, precisamente con Sigmund Freud y su método psicoanalítico. Freud a partir del análisis de los síntomas histéricos lograba dar con la real evidencia traumática presente en las historias clínicas de sus pacientes. Este trabajo muestra de manera detallada una cuestión metodológica: el análisis histórico a partir de los datos marginales, poco importantes o verdaderamente triviales. Sus primeras obras sobre el síntoma y especialmente el análisis de los sueños en *La interpretación de los sueños* (1900), consolidan esta forma a partir de restos fragmentarios de material onírico. En resumidas cuentas, para Ginzburg es posible hablar de paradigma indicial, donde el historiador lograría armar un panorama mayor a pesar de sus limitaciones o pequeños rastros de evidencia a los que puede enfrentarse en su búsqueda.

4. Epílogo: un indicio de una circulación amplia del freudismo chileno

Para cerrar este trabajo quiero comentar un caso que hasta ahora, ha sido desechado como fuente para investigar la historia del psicoanálisis en Chile. Se trata de una cartilla –una especie de tríptico– titulado *Controle su cerebro* de 1946 (Centro de Estudios Psicológicos Modernos, 1946). Pude dar con ella rastreando información para mis trabajos en la base de datos de la Biblioteca Nacional de Chile. Al llegar a ella, me di cuenta que era la publicidad de unos cursos por correspondencia donde se ofrecía a sus potenciales clientes “sesiones” para superar una serie de problemas. Así, el temor, la obsesión, la preocupación, el rubor, los complejos, el desaliento, la timidez, el insomnio y los sentimientos de inferioridad podían ser dejados atrás. Lo particular era el lenguaje usado en ella. Estaba plagada de terminología freudiana, aludiendo a conceptos claves del psicoanálisis. Sin ir más lejos la cartilla prometía liberarse de estas complicaciones diciendo: “Con las sesiones de REEDUCACIÓN CEREBRAL⁶ se será libre de estas penosas impresiones psíquicas”. Estos cursos traslucían el uso teoría del trauma psíquico, postulada por Freud en 1895, señalando:

LA GUERRA DIO UN CONSIDERABLE ESTIMULO al tratamiento de los trastornos nerviosos y mentales por medio de la REEDUCACION CEREBRAL. Los soldados que habían sido mortificados con toda índole de desarreglos psíquicos por el recuerdo de estas visiones tremendas de los campos de batalla, eran inducidos a olvidarlas.

Los cursos proponían ayudar mediante la reeducación, entendida como un proceso de entrenamiento personal, ayudar a olvidar ese tipo de impresiones. El consumidor sería instruido en el arte de la técnica de una supuesta *abreacción mental*, combatiendo aquellas impresiones alojadas en lo subconsciente (o inconsciente) y que eran las causantes de los males que los nacionales podía experimentar. Describían su trabajo clínico de la siguiente manera:

Las “sesiones” de REEDUCACIÓN CEREBRAL de los ESTUDIOS PSICOLÓGICOS MODERNOS transforman su abatimiento dándole ÁNIMO, FORTALEZA Y VOLUNTAD. Los que se RUBORIZAN fácilmente tienen con las “sesiones” de REEDUCACIÓN CEREBRAL los ejercicios necesarios para

⁶ Conservo las letras mayúsculas propias de la publicación original y el original no tiene número de paginación.

DESARRAIGAR las impresionabilidad exagerada que motivó el rubor y cuyo ORIGEN, en gran parte de los casos, se remonta a un suceso impresionante acontecido tiempo atrás que quedó profundamente grabado en el subconsciente

En la cartilla promocional se describía con más detalle el proceso de formación de los síntomas conversivos, explicándole al público cómo el cuerpo recibía y expresaba los conflictos de orden mental: “La mente, no pudiendo contener el exceso de una emoción recibida, utiliza el cuerpo para desahogarse, cuyas consecuencias son una serie de desequilibrios físicos que suelen producir efectos perniciosos”. Además del público general, los creadores de estos cursos apuntaban a un público específico: los profesores y maestros del país, quienes eran visualizados y representados como los formadores del mañana. La labor educativa, docente y pedagógica, como ya se ha mostrado, es un baluarte para la nación y como tal no podía estar ausente del radio de acción de los cursos. Se dirigían, entonces en consecuencia, a los educadores diciendo: “Los maestros son, en gran parte, responsables de los actos de los hombres y mujeres del mañana. El formar complejos en los niños y jóvenes es un verdadero crimen. ¡ADQUIERA! las “sesiones” de REEDUCACION CEREBRAL”.

El caso de esta cartilla correría por fuera de cualquier fuente utilizada en las llamadas historias canónicas del psicoanálisis en Chile y en buena parte del mundo. Se aleja mucho del valor científico de algún escrito en una revista especializada y de hecho está catalogado sin mayores pretensiones en la Biblioteca Nacional de Chile. Su estado era casi nuevo en medio de otros catálogos de su época. Sin embargo revela importante información: Freud no es citado ni una vez y se le habla al público utilizando sus conceptos como un marco de inteligibilidad común. En este sentido, como se puede ver también, por ejemplo, en muchos pasajes de las novelas fantásticas del escritor y difusor del psicoanálisis en Chile, Juan Marín, y el primer Juez de Menores, Samuel Gajardo Contreras, donde el psicoanalista o sus conceptos aparecen como parte de la trama social⁷.

⁷ En la novela “*Un avión volaba...*” de Juan Marín dos amigos conversan y sostienen el siguiente diálogo: “Sin embargo, la realidad te contradice, Claudio. A pesar de toda esa estabilidad psíquica, el hombre contemporáneo no logra escapar al vértigo del intenso vaivén emocional de la época en que le ha cabido en desgracia vivir. Nunca ha habido más neurosis y locura, individual o colectiva, que en estos últimos años. Las máquinas han alterado nuestra manera de vivir, pero no nuestros instintos, dice por ahí el inglés Russell. Por lo tanto la psicología de las emociones y de los instintos está en desajuste. El torbellino del progreso mecánico arrastra al hombre y lo empuja a una serie de modificaciones emocionales. Aquellos que no logran adaptarse son víctimas inmoladas en el altar de ese Dios mecánico y van a parar a los asilos y manicomios. ¿No has leído a Freud? Los traumas psíquicos...”. Ver Marín, J. (1935). *Un avión volaba*. Santiago: Ercilla, 29.

Vale decir, quienes la construyeron suponían que un chileno o chilena promedio podía entenderla sin mayores sobresaltos. En Chile, desde mediados de los años 30, el *freudismo* se hizo notar como un ingrediente presente en el modo de mirar el mundo “interior” pero también exterior (Ruperthuz, 2016).

El análisis de la cartilla de *Controle su cerebro* enseña además, cómo el freudismo circuló también por el gran público ayudando a la construcción de horizontes sociales ligados a lo que se empezaría a llamar “*higiene mental*”, la que combinada con discursos eugenésicos, pedagógicos y nacionalistas, fueron presentados como ingredientes fundamentales para reforzar la “*raza chilena*”. La infancia fue terreno fértil para combinar los discursos freudianos pensando en que en los niños y niñas estaba el futuro de la patria. Visto así, por último, este ejemplo chileno podría ayudar a problematizar cómo el psicoanálisis fue un producto dentro del set de elementos que la modernidad y la occidentalización de Latinoamérica. Las ideas freudianas fueron, en muchos lugares, compatibles con el ideario de *Orden y Progreso* presente en el continente. Por ello, una operatoria histórica debería entender la amplitud del psicoanálisis y el hibridismo propio de su llegada que supera por mucho la historia institucional o gremial de los psicoanalistas. Esto resitúa, sin duda, al psicoanálisis como un objeto histórico cultural en toda su amplitud, abriendo también la posibilidad para que realicemos investigaciones comparativas que interconecten nuestras historias.

Referencias

- Allende Navarro, F. (1925). *El valor del psicoanálisis en la Policlínica: contribución a la psicología clínica*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Arrué, O. (1991). Orígenes e identidad del movimiento psicoanalítico chileno. En *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*. (pp. 23-51). Santiago: Ananké.
- Auden, W. (1940). A memory of Sigmund Freud. En *Another Time*. New York: Random House.
- Breuer, J. & Freud, S. (2012). Estudios sobre la histeria. En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Burham, J. (2012). *After Freud Left. A century of Psychoanalysis in America*. Chicago: University of Chicago Press
- Casaula, E., Coloma, J. & Jordan, J.F (1991). *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*. Santiago: Ananké.
- Centro de Estudios Psicológicos Modernos. (1946). *Controle su cerebro*. Santiago: Estudios Psicológicos Modernos.
- Chartier, R. (2005). *El orden de los libros*. Barcelona: Gedisa, 19-20.
- Dagfal, A. (2009), *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós.
- Darton, R. (2013). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Davanzo, H. (1993). Orígenes del psicoanálisis en Chile. Coloquio con Arturo Prat E. y Ramón Ganzaraín. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 10(2), pp. 58-65.
- Devés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina*. Santiago de Chile: IDEA-USACH.
- Devés, E. (2008). La circulación de las ideas económico-sociales de Latinoamérica y El Caribe, en Asia y África ¿Cómo llegaron y cómo se diseminaron? (1965-1985). *Revista Universum*, 2(23), pp. 86-111.
- Devés, E. (2009). *Las ciencias económico-sociales latinoamericanas en Africa Sudhariana*. Santiago de Chile: Adriadna.
- Ellenberger, H. (1970). *The discovery of the unconscious. The history of the evolution of the dinamic psychiatry* New York: Basic Books.
- Elliot, J. (2012). *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*. Madrid: Taurus.
- Forrester, J. (2000). *Sigmund Freud. Partes de Guerra: el psicoanálisis y sus pasiones*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (2016). *Enfermedad mental y psicología*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. & Chomsky, N. (2007). *La naturaleza humana: justicia versus poder*. Buenos Aires: Katz.

- Freud, Sigmund. (1933). Carta de Sigmund Freud a Fernando Allende Navarro, *Revista Chilena de Psicoanálisis*, (1982), 4(1 Pt 2), pp. 13-15.
- Freud, S. (2012). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914). En *Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. & Abraham, K. (2001). *Correspondencia Completa 1907-1926*. Madrid: Síntesis.
- Freud, S. (1911). G. Greve. Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos. En *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*. Santiago: Ananké.
- Ginzburg, C. (2008). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. En *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia* (pp. 185-239). Barcelona: Gedisa.
- Glick, T. (1999). Precursores del psicoanálisis en la América Latina. *Episteme: Filosofia e História das Ciências em Revista*, (8), pp. 139-150.
- Gomberoff, M. (1990). Apuntes acerca de la historia del psicoanálisis en Chile. *Revista de Psiquiatría*, 7, pp. 379-387.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Madrid: Katz.
- Marín, J. (1935). *Un avión volaba*. Santiago: Ercilla.
- Núñez, C. (1981). Fernando Allende Navarro (1890-1981). *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 3(1 Pt 2), pp. 4-7.
- Plotkin, M. B. (2003). El psicoanálisis y sus historias. *Psicoanálisis APdeBa*, 25(2 Pt3), pp. 457-461.
- Plotkin, M. B. (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Plotkin, M. B. & Damousi, J. (Ed.) (2009). *Transnational Unconscious. Essays in the History of Psychoanalysis and Transnationalism*. Londres: Palgrave-Macmillan.
- Rupertthuz, M., (2012). The “Return of the Repressed”: The role of sexuality in the reception of psychoanalysis in Chilean medical circles (1910s–1940s). *History & Psychoanalysis*, 2, pp. 285-296.

- Ruperthuz, M. (2014). Germán Greve Schlegel y la recepción del psicoanálisis en Chile: la historia de un chileno “probablemente alemán”. *Universitas Psychologica*, 13(5), pp. 1847-1867.
- Ruperthuz, M. (2016). *Freud y los chilenos. Un viaje transnacional (1910-1949)*. Santiago: Pólvora.
- Ruperthuz, M. & Sánchez, M. (2015, abril). Entre la degeneración y el psicoanálisis: una pericia médico legal chilena en 1915. *Historia y Justicia*, (4), pp. 138-168.
- Schorske, C. (1981). *Fin-de-Siècle Vienna. Politics and Culture*. New York: Vintage Books.
- Serna, J. & Pons, A. (2013). *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid: Akal.
- Sulloway, F. (1992). *Freud biologist of the mind*. New York: Harvard.
- Turkle, S. (1978). *Freud's French Revolution*. New York: Basic Books.
- Withing, C. (1980). Notas para la historia del psicoanálisis en Chile. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 2(1), pp. 19-26.